

Carta de una desconocida

De: **Stefan Zweig**

Dramaturgia: **Fernando Gilmet Dermit**

Personajes:

**La Actriz
La Desconocida**

(Los dos interpretados por la misma actriz)

Música de samba brasileña; la actriz sentada frente a un tocador se maquilla.

ACTRIZ:

La tarde del domingo 22 de febrero de 1942, una cálida brisa barría de las calles de Río de Janeiro los últimos vestigios del reciente carnaval que, un año más, había invadido la capital con desenfadada alegría.

Muy cerca de allí, en la pequeña ciudad de Petrópolis, era encontrado muerto en su modesta residencia el escritor austriaco Stefan Zweig, junto a su esposa, Charlotte Altmann.

Todo parece indicar que la muerte de la pareja se produjo por suicidio, aunque algunas fuentes apuntaban a que pudo tratarse de un asesinato ordenado o cometido por la Gestapo.

Ya en 1940 los libros de Zweig habían sido prohibidos en Alemania y quemados junto a tantos otros en infaustas hogueras.

“Nosotros“, -dice en su autobiografía- “los que hoy rondamos los 60, hemos recorrido de cabo a rabo el catálogo de todas las calamidades inimaginables. Yo mismo, por ejemplo, he sido contemporáneo de las dos guerras más grandes de la humanidad.

Después de siglos, nos estaban reservadas de nuevo guerras sin declaración de guerra, campos de concentración, torturas, saqueos indiscriminados y bombardeos de ciudades indefensas; bestialidades que las últimas generaciones no habían conocido y que ojalá no conozcan las futuras.”

Junto a los cadáveres fue encontrada una nota: “antes de abandonar esta vida por mi propia y libre voluntad quiero agradecer al Brasil su hospitalidad ahora que el mundo de mi lengua materna ha muerto para mí y Europa, mi hogar espiritual, se destruye a sí misma”.

“Mis fuerzas están agotadas por los largos años de peregrinación sin patria.

Así, juzgo mejor poner fin, a tiempo y sin humillación, a una vida en la que el trabajo espiritual e intelectual ha sido fuente de gozo y la libertad personal mi posesión más preciada.”

Cuando por la mañana temprano el famoso novelista “R.” -así le llama Zweig: “Erre-punto“-.

Cuando el novelista regresó a Viena después de una refrescante salida de tres días a la montaña, compró el periódico.

Al pasar la vista por encima de la fecha, recordó que era su cumpleaños.

Cuarenta y uno, se dijo.

Echó un vistazo a los titulares y se marchó a su casa en un coche de alquiler.

Así comienza “Carta de una desconocida”, un relato corto escrito por Stefan Zweig y publicado con gran éxito allá por 1918.

Al llegar a casa, su mayordomo le informó de dos visitas y de algunas llamadas recibidas durante su ausencia, y le entregó el correo acumulado en una bandeja.

Él lo examinó despreocupado y abrió un par de sobres cuyos remitentes le interesaron; había también una carta muy voluminosa y con caligrafía desconocida que, en un principio, dejó de lado.

Le sirvieron el té. Se reclinó cómodamente en la butaca, encendió un cigarrillo y volvió a examinar la carta a la que antes no había prestado atención.

Eran unos veinticinco folios escritos precipitadamente con letra femenina; más que una carta parecía un manuscrito.

Palpó el sobre, instintivamente, por si encontraba alguna nota aclaratoria.

Estaba vacío. En él no había más que aquellas hojas; ni la dirección del remitente ni tan siquiera una firma. Qué extraño, pensó.

“A ti, que nunca me has conocido”. Así estaba encabezada, como si fuera un título. ¿Iba esto dirigido a él o a una persona imaginaria? De pronto despertó su curiosidad y empezó a leer.

LA DESCONOCIDA:

Mi hijo murió ayer. Durante tres días y tres noches he luchado con la muerte que rondaba a su pequeña y frágil vida.

Permanecí sentada junto a su cama más de cuarenta horas, poniendo paños fríos sobre su frente, sujetando sus intranquilas manos.

La tercera noche me derrumbé. Mis ojos ya no podían más, se me cerraban sin darme cuenta.

Dormí tres o cuatro horas y, entretanto, se lo llevó la muerte. Ahora, está aquí tendido, igual que en el momento de morir; sólo le han cerrado los ojos, sus ojos oscuros e inteligentes y le han cruzado los brazos encima de la camisa blanca mientras arden cuatro velas en las cuatro esquinas de su cama.

No me atrevo a mirar, ni a moverme porque, cuando oscilan, las velas proyectan sombras sobre su rostro y su boca cerrada, y es como si sus facciones cobraran vida y puedo llegar a creer que no está muerto, que volverá a despertarse y con su dulce voz...

Pero sé que está muerto y no quiero engañarme otra vez.

Ahora sólo te tengo a ti en el mundo, sólo a ti, que no sabes nada de mí, que gozas de la vida, sin sospechar nada.

¿A quién podría hablarle sino a ti, que fuiste y eres todo para mí?

Quizá no pueda hacerlo de una forma muy clara, quizá no me entiendas, porque tengo la cabeza embotada, siento martillazos en las sienes y las piernas y los brazos me duelen tanto...

Creo que tengo fiebre, probablemente sea la gripe, que ahora va de puerta en puerta. Eso estaría bien porque me iría con mi hijo.

Por momentos se me oscurece la vista, y temo que no pueda acabar de escribir esta carta. Pero quiero reunir todas mis fuerzas para, por una vez, hablarte a ti que nunca me conociste. Hablarte de mi vida, que, aunque nunca lo has sabido, siempre fue la tuya.

Es mi secreto. Pero sólo tú lo conocerás.

Si estos escalofríos, esta fiebre no me conducen al final y he de seguir viviendo, romperé esta carta y continuare en silencio, igual que siempre.

Si por el contrario sostienes estos folios en tus manos, sabrás que una muerta te está explicando aquí su vida.

No te inquietes por mis palabras; una muerta ya no quiere nada, no pide ni amor ni compasión ni consuelo.

Lo único que te pido es que creas todo lo que te cuento; uno no miente en la hora de la muerte de su único hijo.

Quiero que conozcas toda mi vida, la verdadera, que empezó el día en que te conocí.

Todo lo anterior forma parte de una época confusa donde mi memoria nunca ha vuelto a sumergirse y mi corazón ha olvidado.

Cuando llegaste, yo tenía trece años y vivía en el mismo edificio donde tú vives ahora, donde estás leyendo esta carta.

Mi casa estaba en el mismo rellano, frente a tu puerta.

Juraría que ya ni te acuerdas de nosotros, de la pobre viuda de un funcionario y de su hija adolescente.

Quizá ni siquiera has oído nunca nuestros nombres, no había ninguna placa en la puerta, nadie venía a vernos, nadie preguntaba por nosotros.

Hace ya tanto tiempo de aquello, quince o dieciséis años; no, seguro que no te acuerdas.

Pero yo recuerdo como si fuese hoy no solo el día, sino la hora en que oí hablar de ti por primera vez y el momento preciso en que por primera vez te vi.

Permíteme, querido, que te lo cuente todo desde el principio.

Espero que no te canses durante estos minutos en que voy a hablar de mí, de la misma forma que yo no me ha cansado de ti a lo largo de mi vida.

Antes que te mudaras a nuestro edificio, vivía en el piso que ocupas una gente muy desagradable. Afortunadamente ocurrió algo por lo que tuvieron que marcharse y todos los vecinos pudimos respirar tranquilos.

Muy pronto, a través del portero, se extendió el rumor de que un famoso escritor, un hombre serio, tranquilo y solitario, sería nuestro nuevo vecino.

Fue la primera vez que oí tu nombre.

Unos días después vinieron diferentes equipos de albañiles, pintores y carpinteros a quienes supervisaba tu mayordomo con aire de entendido.

Tener un mayordomo era algo completamente nuevo para todos los vecinos que comentaban sorprendidos su cordialidad. Desde el primer día saludó a mi madre con sumo respeto e incluso conmigo, una niña, se mostraba amable y educado.

Cuando se refería a ti lo hacía siempre con verdadero afecto y por eso le quise, aunque debo confesarte que sentía envidia de él que podía estar siempre a tu alrededor.

Un mediodía, al llegar del colegio, vi un camión de mudanzas delante de la casa. Me quedé de pie en la puerta, observando la descarga que hacían unos peones.

Nunca antes había visto nada igual: fetiches indios, esculturas italianas, grandes cuadros y libros, tantos y tan bonitos que nunca hubiera imaginado que pudieran existir. Los iban apilando en la puerta donde el mayordomo, uno a uno, les quitaba el polvo con cuidado.

No me atreví a tocar nada, aunque me hubiese gustado acariciar la piel suave de algunas cubiertas. Creo que los hubiese podido estar mirando durante horas.

Yo sólo tenía una docena de libros mal encuadernados, y los quería más que a nada en el mundo, los leía una y otra vez.

Y ahora me asediaba la pregunta de cómo sería el hombre que poseía y había

leído tantos y tan maravillosos libros.
Tenía que ser un hombre muy rico y culto.

Te imaginé como un señor con lentes y barba blanca, parecido a mi profesor de geografía, sólo que más bondadoso, y seguramente más lindo y amable.
No sé por qué estaba tan convencida de que tenías que ser lindo, aun cuando pensaba que eras un hombre mayor.
Esa misma noche y aún sin conocerte soñé por primera vez contigo.
Al día siguiente te instalaste, pero, por mucho que estuve espiando detrás de la puerta de nuestro piso no te pude ver.
Finalmente, al tercer día te vi y la sorpresa...
Había soñado con un viejo bonachón, y llegaste tú, con el mismo aspecto que tienes ahora, un hombre que no cambia, por el que los años no pasan.

Es extraño que en ese primer y breve encuentro pudiera descubrir que eras dos personas en una: por un lado, en tu profesión, un hombre muy responsable y culto y al mismo tiempo un joven lindo y divertido de veinticinco años.
Te observaba, vigilaba tus costumbres y la gente que venía a verte, y todo ello, lejos de disminuirla, aumentaba la curiosidad que sentía por ti.
Esta ambigüedad tuya –que tanto me atrajo- se hacía evidente en la variedad de tus visitantes, venía el director de la Opera y otros destacados personajes, y también jóvenes, descuidados estudiantes amigos tuyos con los que cantabas y te divertías.
Después estaban las damas que llegaban en coche y algunas muchachas, alumnas de la cercana Escuela de Comercio.

En fin, muchas mujeres.
Yo nunca me preocupé por todo eso y no sabía que la curiosidad especial con la que te miraba y espiaba se llama amor.

Pero recuerdo perfectamente el día y la hora exacta en que te entregué mi corazón para siempre.
Había salido a dar un paseo con una amiga del colegio y de regreso, estábamos charlando en el portal. Llegó un coche, se paró, y de él saliste tú, de ese modo impaciente y espontáneo que todavía hoy me enloquece.
Viniste hacia la entrada. No sé que me impulsó a abrirte la puerta y ponerme en tu camino, de modo que casi tropezamos.
Me miraste con calidez y me sonreíste con ternura, no lo puedo describir de otra forma.
Y luego, con esa voz tenue y varonil me dijiste:
-Muchas gracias, señorita.

Eso fue todo. Pero desde ese segundo quedé a tu merced.

Después comprendí que esa mirada que atrae, envuelve y desnuda a la vez, esa mirada de seductor consumado, era tu modo de mirar a todas las mujeres. Pero yo, entonces, no sospechaba nada de eso. Creí que esa ternura sólo era para mí, para mí sola.

-¿Quién es? - preguntó mi amiga.

No le pude responder. Me resultaba imposible pronunciar tu nombre que en ese segundo se convirtió en algo sagrado, en un secreto.

-Ah, un vecino de esta casa.

-Pero, ¿por qué te has puesto tan roja cuando te ha mirado?- se burlaba mi amiga.

Y precisamente porque sentía que se reía de mi secreto, las mejillas se me sonrosaron todavía más.

-¡Tonta! - le dije.

Me hubiera gustado ahogarla, pero ella se reía aún más, con más ironía; los ojos se me llenaban de lágrimas por la rabia que me invadía y eché a correr por las escaleras, dejándola plantada en el portal.

Desde aquel momento te quise.

Sé que muchas mujeres te lo han dicho a menudo, pero créeme, ninguna te ha querido tan devotamente como yo, ninguna te ha sido tan fiel ni se ha olvidado tanto de sí misma como lo he hecho yo por ti.

Mi padre hacía tiempo que había muerto; mi madre se había vuelto una extraña, siempre abatida y llena de escrúpulos y mis amigas eran unas frívolas que jugaban con aquello que a mí me llenaba de pasión.

Para mí lo eras todo, toda mi vida.

En el colegio pasé a ser la primera de la clase, en lugar de una alumna mediocre e indolente. Leía mil libros, hasta la madrugada, porque sabía que tú los adorabas.

De pronto, para asombro de mi madre, empecé a tocar el piano de forma obsesiva porque estaba segura que amabas la música.

Lavaba y cosía mi ropa sólo para parecerte pulcra y aseada. Me horrorizaba que mi viejo delantal del colegio tuviera un remiendo. Temía que lo pudieras ver y me despreciaras; por eso lo escondía siempre detrás de la cartera mientras subía las escaleras corriendo.

¡Qué ingenua!

De los trece a los dieciséis años viví cada hora dentro de ti.

Ah, ¡cuántas tonterías llegué a hacer!

Besaba el picaporte de la puerta que había tocado tu mano.

Por la noche bajaba cien veces a la calle con cualquier pretexto para ver en cuál de tus ventanas había luz y sentir tu presencia invisible con mayor certeza. Cuando te ibas de viaje mi vida se detenía, no tenía sentido alguno. Iba arriba y abajo, de mal humor, aburrida, enojada.

Debería avergonzarme de todo esto que te cuento, de todas estas niñerías, pero no lo hago porque mi amor por ti nunca fue tan puro y apasionado como entonces.

Podría hablar durante horas y días, reconstruir el calendario de tu vida, pero no quiero aburrirte.

Sólo te confiaré la experiencia más hermosa de aquellos años, y te pido que no te burles de su insignificancia.

Debía de ser domingo. Tú estabas de viaje y tu mayordomo, con la puerta del piso abierta, metía las pesadas alfombras después de sacudirlas.

Estaba sudando, pobrecito.

Fui a preguntarle si podía ayudarlo. Se sorprendió, pero me dejó echarle una mano y así pude ver el interior de tu piso, tu mundo, el escritorio donde trabajabas, tus armarios, tus cuadros, tus libros.

Sólo di una ojeada fugaz, como un ladrón, a tu vida.

Aun así, con una sola mirada fui capaz de absorber toda aquella atmósfera y tuve alimento para soñarte siempre, despierta y dormida.

Ese momento, ese instante tan breve, fue el más feliz de mi niñez.

Te lo quería explicar para que tú, que no me conoces, puedas ser mínimamente consciente de cómo una vida dependía de ti y en ti se sustentaba.

Quería contarte este y también otro momento, que fue el más terrible y que, por desgracia, no llegó mucho después.

Como te iba diciendo, me había olvidado de todo por estar pendiente de ti, no me preocupaba por nada ni por nadie.

Así que no di importancia al hecho de que un pariente lejano comerciante de Innsbruck, venía a menudo a casa y llevaba a mi madre al teatro, o a dar un paseo, de modo que me quedaba sola y podía espiarte, pensar en ti todo ese tiempo, el no va más de mi felicidad.

Un día mi madre me llamó con cierta formalidad para que fuera a su habitación; quería hablar conmigo seriamente.

¿Sospechaba algo?

Me besó -cosa que no hacía casi nunca- afectuosamente en ambas mejillas, me hizo sentar a su lado, y empezó a titubear, diciéndome que este pariente, también viudo, le había propuesto que se casara con él y que ella pretendía

aceptar, más que nada por mí.

-Pero, ¿nos vamos a quedar aquí?

-No, nos mudamos a Innsbruck, Ferdinand tiene allí una casa bonita.

(Sonido tormenta, lluvia.)

No escuché nada más, no veía nada, todo había quedado a oscuras.

Después supe que me había desmayado.

Al parecer -según oí que le contaba mi madre a mi padrastro-, yo había empezado a retroceder con las manos abiertas y me había desplomado en el suelo.

Lo que pasó en los días siguientes, cómo me resistí a la imposición de sus deseos, no te lo puedo explicar; sólo de pensarlo me tiemblan las manos al escribir.

No podía desvelar mi verdadero secreto, así que mi resistencia parecía sólo tozudez y maldad.

Nadie más habló conmigo, todo sucedió a mis espaldas.

Aprovechaban las horas que estaba en el colegio para preparar el traslado, y cuando volvía encontraba otro mueble desmontado o que había sido vendido.

Un día, al regresar a la hora de comer, solo quedaba en la casa vacía las maletas hechas y dos camas plegables.

Mamá y yo íbamos a pasar nuestra última noche allí porque, a la mañana siguiente, partiríamos hacia Innsbruck.

Aquel día sentí con certeza, firmemente, que no podía vivir lejos de ti.

Eras mi única salvación.

Mi madre había salido así que tal como estaba vestida, con el uniforme de la escuela me acerqué a tu casa. No sé cuánto tiempo permanecí en el rellano frente a tu puerta, incapaz de llamar a tu timbre.

Ya te he dicho que no sé muy bien lo que quería; quizá caer a tus pies y suplicarte que me acogieras como si fuera una criada, como una esclava.

Cuando por fin conseguí superar el miedo y sonó estridente la campanilla mi corazón y mi sangre se detuvieron.

Pero tú no apareciste. Nadie vino a abrir la puerta. Probablemente habías salido y Johann quizá estaba comprando o haciendo algún recado.

Volví a nuestro piso sin muebles, temblando, exhausta, como si hubiese estado durante horas con una profunda capa de nieve bajo mis pies.

Por la noche, en cuanto mamá se tumbó en la cama y se quedó dormida, me acerqué de puntillas al recibidor para escuchar a través de la puerta y saber en qué momento regresabas a casa.

Estaba cansada, tenía el cuerpo dolorido y como ya no quedaban sillas donde sentarse opté por tumbarme en el suelo frío. No me abrigaba ninguna manta ya que no quería sentir calor por miedo a dormirme y no oír tus pasos.

Estuve esperando toda la noche.

Finalmente -debían ser las dos o las tres de la madrugada- oí que abajo se abría la puerta principal y justo después unos pasos de alguien que estaba subiendo las escaleras.

Abrí nuestra puerta sigilosamente, dispuesta a precipitarme encima de ti para caer a tus pies...

Los pasos se acercaban y la luz temblorosa de una vela subía hacia mí.

¿Eras tú quien se acercaba?

Sí, eras tú, pero no ibas solo. Oí una risa queda, íntima, el crujir de un vestido de seda y cómo tú hablabas en voz baja.

Regresabas a casa con una mujer...

A la mañana siguiente, a las ocho, partimos hacia Innsbruck; ya no me quedaban fuerzas para resistirme.

ACTRIZ:

“No he visto en Rusia nada tan grandioso y conmovedor como la tumba de Tolstói”, confiesa Zweig.

“Un sendero estrecho, en un paraje solitario en medio de un bosque, conduce hasta el túmulo, que no es más que un cuadrado de tierra amontonada que nadie cuida ni vigila, excepto la sombra que sobre él proyectan unos cuantos árboles altísimos.

Los había plantado el propio León junto a su hermano Nikolái porque habían oído decir a una mujer de pueblo que el trozo de tierra donde se plantan árboles se convierte en un lugar de felicidad.

Ninguna cruz, ninguna lápida, ningún epitafio. El viento sopla como palabra de dios sobre la tumba del hombre anónimo; se podría pasar por delante de ella sin saber otra cosa sino que allí yace alguien, un ruso enterrado en tierra rusa.
(Sonido campanas que tocan a muerte.)

LA DESCONOCIDA:

Mi hijo murió ayer por la noche.

Mañana vendrán unos hombres desconocidos vestidos de negro, toscos, cargados con un ataúd y colocarán dentro a mi pobre hijo.

Quizá también vengan unos amigos y le traigan coronas de flores, pero ¿qué sentido tienen unas flores en un ataúd?

Me consolarán, me dirán cualquier cosa, palabras, palabras...

Sé que después volveré a estar sola, y no hay nada más terrible que sentirse sola cuando se está rodeada de gente.

Lo sé desde aquellos dos interminables años en Innsbruck que viví como una desterrada.

Ferdinand, mi padrastro, fue bueno conmigo y mi madre, como para arreglar una injusticia involuntaria, se mostró siempre dispuesta a complacerme en todo lo que estuviera en sus manos; me compró vestidos que no me puse; me negué a ir a los conciertos, a hacer excursiones...

Me quedaba sola en casa, horas y hasta días enteros, sólo pensando en ti; revivía cada encuentro en nuestra escalera, cada momento que había estado esperándote, y me representaba esos pequeños episodios como lo hacen en el teatro.

En aquellos años sólo viví para ti.

Compré todos tus libros y los he leído tantas veces que sé de memoria cada línea; cada vez que tu nombre aparecía en los periódicos era un día de fiesta para mí; buscaba los estrenos vieneses sólo pensando en cuáles te podrían haber interesado y así acompañarte desde la lejanía: ahora entra en la sala, ahora se sienta...

Cumplí los diecisiete años, los dieciocho, y los jóvenes en la calle empezaban a darse la vuelta para mirarme cada vez que pasaba a su lado, pero a mí me ponían enferma.

Porque pensar en el amor o un simple flirteo con otra persona que no fueras tú se me hacía tan incomprensible, tan inimaginable, que sólo la tentación me hubiera parecido un delito.

Todas mis ideas iban en una única dirección: volver a Viena.

Y puse en ello toda mi voluntad, por más absurdo e incomprensible que les pudiera parecer a los demás, ya que guardaba celosamente mi secreto, mi único anhelo, verte una vez, encontrarte una vez y ofrecerme a ti, entregarme a ti.

Me empeñé en ganar dinero por mi cuenta para conseguir mi objetivo y nada más llegar a Viena -¡por fin!- fui corriendo hasta delante de nuestra casa.

Las ventanas de tu apartamento estaban iluminadas, todo mi corazón retumbaba.

Fue entonces cuando sentí que estaba recobrando la vida porque sabía que te tenía cerca. Yo sólo miraba y miraba hacia arriba, allí estabas tú, allí estaba mi mundo.

Estuve muchas horas esperando hasta que se apagó la luz.

Y así cada noche; a las seis cerraba la tienda -había conseguido trabajo como

dependienta en el comercio de unos familiares- y nada más bajar las cortinas corría hacia mi amado objetivo.

Al cabo de una semana, más o menos me crucé contigo, precisamente cuando no lo esperaba: mientras miraba hacia tu ventana, tú atravesabas la calle. De repente volví a ser esa niña de trece años que sentía cómo la sangre le sonrojaba las mejillas; bajé la cabeza al pasar a tu lado y me puse a andar rápida como un rayo.

Después me arrepentí de aquella huida propia de una colegiala.

Pero no te diste cuenta de mi presencia, ni mucho menos, aunque estaba cada noche en tu calle, tanto si nevaba como si soplaba ese viento vienés que parece que te corta al pasar.

A menudo esperaba muchas horas en vano; algunas veces salías al fin de casa, casi siempre acompañado y fue entonces cuando comprendí que ya era adulta.

Noté la diferencia en mis sentimientos hacia ti porque el corazón se me encogía y el alma se me partía cuando veía a una mujer caminando muy segura de sí misma agarrada de tu brazo.

No me sorprendía. Yo ya conocía de antes tus inacabables visitas femeninas, pero de pronto, sin saber cómo, el dolor que aquello me provocaba era físico, porque ahora mi pasión era más fogosa, más de mujer.

Un día decidí no ir, orgullosa igual que una niña, como era yo todavía y como quizá no he dejado de ser. La noche se me hizo interminable.

Al día siguiente estaba de nuevo delante de tu casa.

Pero una noche, por fin, te diste cuenta.

Te había visto venir a lo lejos y me obligué a no esquivarte. La casualidad quiso que un camión que estaba descargando dejara poco espacio en la calle y tuviste que pasar tan cerca de mí que me rozaste.

Tu mirada distraída me acarició sin quererlo y en el acto, en cuanto se encontró con la mía, se convirtió en aquella manera tuya de mirar a las mujeres...

Me vi obligada a ralentizar el paso y, cuando me di la vuelta por un impulso, vi que te habías detenido a mirarme. Y por la forma en que me observabas, lo supe enseguida: me habías reconocido.

No. No me reconociste, ni entonces ni en ningún otro momento, nunca me has reconocido.

Por primera vez fui consciente de estar predestinada a que no me reconocieras durante toda mi vida, esta vida que está llegando a su fin.

¡Qué decepción!

Porque, verás, los dos años que estuve en Innsbruck, cuando pensaba en ti -a todas horas-, no hacía otra cosa que imaginarme nuestro primer reencuentro en Viena.

Lo había planeado todo.

En los momentos más tristes había llegado a pensar que me despreciarías, que me rechazarías por ser demasiado poco para ti.

Todas las formas de desprecio, de frialdad, de indiferencia, todas me las había representado pero justamente ésta no me había arriesgado a considerarla ni en mis momentos más pesimistas, porque esto era lo peor que podía suceder: que no me reconocieras en absoluto.

Pero yo, entonces, no podía entender tu mala memoria, porque de tanto ocuparme de ti, de alguna forma me había ido haciendo ilusiones de que tú también debías de haber estado pensando en mí y esperándome.

Y esa mirada tuya que demostraba que no me conocías de nada fue la primera caída en la dura realidad, la primera señal. Y cuando dos días más tarde me envolvió con una cierta familiaridad al volver a encontrarnos, no reconociste a la niña que te había querido, a la que habías hecho despertar, sino sólo a la hermosa joven que se había cruzado en tu camino dos días antes en ese mismo lugar.

Me miraste sorprendido, se te escapó una leve sonrisa.

Volviste a pasar de largo pero retrocediste enseguida: yo temblaba, estaba exultante de alegría, rogaba que me hablaras y ralenticé el paso, no te evité. De repente, te sentí justo detrás de mí, y supe que escucharía tu adorable VOZ...

Entonces te pusiste a mi lado y me hablaste como si fuéramos amigos desde hacía años y lo hiciste de forma tan seductora...

Me preguntaste si quería que fuésemos a cenar juntos y acepté. Comimos en un restaurante pequeño.

¿Te acuerdas dónde fue?

No, seguramente no distingues esa velada de otras tantas parecidas, porque, ¿quién era yo para ti? Una entre cien, una aventura más.

Hablé más bien poco; estaba tan feliz de tenerte cerca de mí, de oírte hablar conmigo, que no quería estropear ningún momento con preguntas tontas o con una palabra necia.

Te estoy agradecida. No olvidaré nunca aquel día; fuiste delicado y sensible y no hubo ningún gesto inoportuno, ninguna de esas caricias rápidas vacías de

sentimiento.

Me habrías ganado igualmente aunque no hubiera llevado tanto tiempo siendo tuya en cuerpo y alma.

Se hizo tarde y nos levantamos para irnos. En la puerta del restaurante me preguntaste si tenía prisa o si aún podía estar contigo un rato más, si quería ir a conversar a tu casa.

-Me gustaría- dije con toda naturalidad, y me di cuenta enseguida que la rapidez de mi respuesta no te dejaba indiferente, no sé si te hizo sentir ridículo o si te puso contento, pero en cualquier caso te sorprendió.

Hoy entiendo tu sorpresa; sé que las mujeres, aunque tengan el más fervoroso deseo de entregarse, suelen negar su disposición y fingen estar indignadas. Sé que quizá sólo las profesionales, las prostitutas, o las muchachas muy ingenuas, aceptan en el acto una invitación parecida con alegría.

ACTRIZ:

Según Zweig, en su juventud, se consideraba lícito que un hombre sintiera impulsos sexuales; pero, al mismo tiempo, se había impuesto como un axioma que una mujer no podía tener ninguna clase de deseo físico, a no ser que éste fuera despertado por el hombre, lo cual, huelga decirlo, sólo estaba permitido en el matrimonio.

“Todavía hoy me divierte“, cuenta el escritor, “la historia grotesca de una tía mía que, en la noche de bodas, compareció de nuevo en casa de sus padres, a la una de la madrugada, y armó un escándalo afirmando que no quería volver a ver nunca más al monstruo con el que se había casado, porque había intentado, en serio, desnudarla.”

LA DESCONOCIDA:

Mientras andábamos y conversábamos noté que me examinabas de reojo, no sé muy bien cómo te sentías, pero estoy segura que pensaste que aquella chica tan bonita y confiada debía esconder algún secreto.

Y, por las preguntas que me hacías, me di cuenta de que querías descubrir qué ocurría.

Pero conseguí evitarlo.

Subimos a tu casa.

Disculpa si te digo que no puedes entender qué significaban para mí esas escaleras, ese rellano.

Cada rincón, cada detalle era un símbolo de mi adolescencia: el portal donde

había estado esperándote mil veces, las escaleras que siempre estaba controlando por si oía tus pasos y donde te había visto la primera vez, la mirilla donde había dejado mi alma.

Toda mi infancia y mi pasión habían transcurrido en aquellos pocos metros cuadrados, allí estaba toda mi vida; y ahora ésta se precipitaba sobre mí como una tormenta, porque todo, absolutamente todo se estaba haciendo realidad, y yo estaba entrando contigo en tu casa. Estuve toda la noche.

Seguramente, no se te ocurrió pensar que nunca antes había estado con un hombre, que quizá aún nadie había sentido mi cuerpo. Pero cómo te lo podías imaginar, si no me resistí a nada y reprimí cualquier vacilación vergonzosa sólo para que no adivinaras el secreto de mi amor hacia ti, que, sin duda, te hubiese asustado.

Me entregué a ti virgen pero no te culpo, tú no me provocaste, ni me sedujiste. Fui yo quien te busqué, quien se lanzó a tus brazos.

Y sólo podré agradecértelo.

Cuando abría los ojos en la penumbra y sentía que estabas a mi lado, me asombraba de no ver el firmamento por encima de nosotros...

Aún recuerdo cómo dormías, cómo sentía tu respiración, tu cuerpo, y cómo lloré de felicidad.

No, nunca me he arrepentido, de aquella noche.

A la mañana siguiente me desperté pronto porque tenía que irme a trabajar a la tienda.

Cuando ya estaba vestida, a punto de salir, me tomaste por la cintura y me estuviste mirando largo rato...

-¿No quieres llevarte un par de flores?, me preguntaste, señalando el jarrón azul.

Asentí y me diste cuatro rosas blancas. Muchos días después aún las besaba. Antes de aquello ya habíamos dicho que podíamos vernos otra noche.

Volví y una vez más fue maravilloso.

Y aún me regalaste otra noche, y entonces me dijiste que tenías que salir de viaje y prometiste avisarme cuando estuvieras de vuelta.

Te di el número de un apartado de correos y tú volviste a darme unas rosas a modo de despedida...

Ya hacía tiempo que habías vuelto, lo veía en tus ventanas iluminadas, y no me escribías.

Esperé, estuve esperando y esperando, como una desquiciada, pero no me escribiste una línea...ni una...

(Sonido viento.)

Mi hijo murió ayer, -también era el tuyo-.

El hijo de una de aquellas tres noches. Puedo jurar que era nuestro hijo, porque no me tocó ningún otro hombre desde que me entregué a ti hasta el día en que salió de mi cuerpo con tanto esfuerzo. Era nuestro hijo, el fruto de mi amor consciente y de tu ternura despreocupada.

Pero ahora te debes estar preguntando por qué te he ocultado este hijo durante tantos años y no te he hablado de él hasta ahora.

Pero, ¿cómo podría habértelo dicho?

Aunque yo te diese mi palabra y la aceptaras, nunca hubieras podido evitar la sospecha de que yo pretendía adjudicarte a ti, hombre adinerado, el fruto de noches ajenas.

No te habrías fiado de mí, entre nosotros habría quedado una sombra, y eso era justamente lo que yo no quería.

Sé que para ti, hubiese sido muy difícil asumir la paternidad, ser –de improviso- responsable de todo un destino.

Tú, que sólo puedes respirar en libertad, de alguna forma te hubieses sentido atado a mí y yo no quería ser una carga para ti.

Deseaba ser la única de tus mujeres en quien siempre pensases con amor, con agradecimiento.

Pero tú nunca has pensado en mí, me has olvidado.

Por eso no me dirigí a ti, aunque tengo la certeza de que me hubieras ayudado aun sin estar seguro de que era hijo tuyo... y también creo que me hubieras llegado a persuadir para que me deshiciera del niño a tiempo.

Y eso era a lo que más le temía, porque yo hubiese hecho cualquier cosa que tú desearas.

Y ese hijo lo era todo para mí.

Ahora te había conseguido, podía sentirte en mis venas, sentir que tu vida crecía, alimentarte, acariciarte, besarte...

Por eso fui tan feliz cuando supe que iba a tener un hijo tuyo, por eso no te lo dije: porque ya no podías escaparte de mí nunca más.

No fue fácil. Tuve que dejar de ir a la tienda para que mis familiares no se diesen cuenta y lo dijieran en casa.

Tampoco quería pedir dinero a mi madre y, los últimos meses logré subsistir vendiendo unas pocas joyas que tenía.

Pero una semana antes de dar a luz, una lavandera me robó las últimas coronas que me quedaban y tuve que ir a la casa de maternidad.

Allí, donde sólo acuden las mujeres verdaderamente pobres, las olvidadas, allí nació tu hijo, en aquella sala que olía a cerrado, a cloroformo y a sangre, llena

de gritos y suspiros.

Perdona que te hable de ello.

Necesitaba gritar, proclamar al menos una vez el precio tan alto que me costó este hijo.

Ya había olvidado esas horas, hacía mucho tiempo que las había olvidado en las risas y la voz del niño; pero ahora que está muerto...

Pero no te culpo. Nunca mi rabia se ha vuelto contra ti.

¡Y si tuviera que volver a pasar por aquel infierno sabiendo de antemano lo que me espera, lo volvería a hacer, una y mil veces más!

Nuestro hijo murió ayer -y tú no le has conocido-.

Tan pronto lo tuve, me escondí de ti durante mucho tiempo; no quería dividirme entre tú y él y dejé de dedicarme a ti para entregarme al hijo que me necesitaba.

Rara vez, y cada vez menos, sentía la necesidad de acercarme a tu casa.

Sólo hice una cosa: por tu cumpleaños siempre te hacía llegar un ramo de rosas blancas, iguales a las que me regalaste después de nuestra primera noche de amor.

¿Te has preguntado alguna vez, en estos diez u once años, quién te las podía enviar? ¿Quizá te has acordado de la chica a la que un día le regalaste las mismas rosas?

No lo sé, nunca sabré la respuesta.

No has conocido a nuestro pobre hijo; ahora me reprocho el habértelo ocultado, porque lo hubieses querido.

No le has visto sonreír, abriendo esos ojos oscuros y vivos -los tuyos- que desprendían una clara luz de alegría sobre mí, sobre todo el mundo.

¡Ah, era tan simpático, tan avispado!

Podía pasarse horas jugando entusiasmado, y después sabía sentarse, muy serio, delante de los libros.

Esa mezcla de sensatez y diversión tan propia de ti ya empezaba a desarrollarse visiblemente en él, y cuánto más se parecía a ti, más lo quería. Era buen estudiante, sabía hablar francés como un nativo, tenía los cuadernos mejor presentados de la clase y qué bien le quedaba, qué elegante iba con su traje de terciopelo negro o con la chaqueta blanca de marinero.

En Grado, cuando íbamos de paseo por la orilla del mar, las mujeres se detenían para acariciarle su cabello largo y rubio.

Y en Semmering, cuando bajaba en trineo, la gente se daba la vuelta, admirada.

El año pasado, cuando entré como interno en la academia Theresianum, con el uniforme y la pequeña espada parecía un paje del siglo XVIII...

Ahora no lleva más que una camisa...

Pero quizá te preguntes cómo he podido educarlo en los mejores colegios, cómo he podido proporcionarle una vida alegre y llena de privilegios.

Amor mío, te hablo desde la oscuridad; no me da vergüenza, quiero decírtelo: me he vendido.

No me convertí exactamente en eso que se denomina mujer de la calle, una cualquiera, pero me he vendido.

He tenido amigos ricos, amantes ricos.

Primero los buscaba yo, después me buscaban ellos a mí, porque yo era -¿te diste cuenta alguna vez?- muy bonita y me ganaba el cariño de todos aquellos a los que me ofrecía. Tú eres el único que no me ha querido.

Ya había experimentado el horror de la pobreza en aquella sala de maternidad; sabía que en este mundo, el pobre siempre será una víctima a la que pisan, a la que humillan, y no quería por nada del mundo que tu hijo tuviera que crecer rodeado de privaciones.

Tu hijo tenía que poseerlo todo. Por eso, sólo por ese motivo me he vendido.

Si tú no me querías, tú, el único al que pertenecía mi cuerpo, me daba igual todo lo demás.

Las caricias de los hombres, incluso las más íntimas, no me llegaban al corazón, por mucho afecto que pueda haber llegado a sentir por algunos y aunque la compasión por su amor no correspondido me haya hecho tambalear porque me recordaba mi propio destino.

Todos aquellos a los que he conocido han sido buenos conmigo, todos han sido atentos y me han respetado. Sobre todo un hombre de bastante edad, un conde imperial viudo, el mismo que hizo todo lo posible para que admitiesen en Theresianum al niño sin padre, a tu hijo.

Me pidió tres o cuatro veces que me casara con él.

Ahora podría ser condesa, señora de un castillo maravilloso en el Tirol, sin preocupaciones, ya que el niño hubiese tenido un padre, uno que le adoraba, y yo hubiese tenido un marido tranquilo, bondadoso y noble a mi lado.

Pero no lo hice, aunque insistió muchísimo, y aunque yo era consciente que mi negativa le hacía daño.

Y quizá fue una locura.

Pero -por qué no confesártelo- no quería atarme a nadie, quería estar disponible para ti.

Quién podía saber si algún día me reclamarías a tu lado, aunque fuese por una hora. Y por esa única y posible hora renuncié a todo, sólo para quedarme libre

para cuando tú te decidieras a llamarme. Y esa hora al fin y al cabo llegó, aunque tú no sabes cuándo ni cómo fue. Tampoco entonces me reconociste.

También debo decir que ya me había cruzado contigo a menudo en los teatros, los conciertos, en el parque del Prater, por la calle...y cada vez me daba un salto el corazón, pero tu mirada simplemente pasaba de largo: cierto, había cambiado mucho, me había convertido en una mujer, de buen ver, vestida con ropa cara, rodeada de admiradores.

¡Cómo hubieras podido suponer que aquella joven que te había acompañado en la penumbra de tu dormitorio, era yo!

Pero la hora llegó, una vez más, una última vez.

De aquello hará pronto un año, fue un día después de tu cumpleaños. Había estado pensando en ti, porque tu cumpleaños siempre lo celebro como una fiesta.

Por la mañana temprano ya había ido a comprar las rosas blancas que te mandaba cada año.

Por la tarde salí con el niño, lo llevé a la pastelería de Demel y por la noche al teatro; quería que aquel día, aún desconociendo su significado, fuera para él algo especial.

Al día siguiente salí con mi amigo de entonces, un fabricante de Brunn, joven y rico; hacía ya dos años que estábamos juntos y él me adoraba.

Me daba todo lo que tenía y también quería casarse conmigo, mientras que yo me negaba, sin que nada pareciera justificarlo.

El caso es que nos llenaba de regalos a mí y al niño y que, en su bondad un tanto agobiante, era un hombre que se hacía querer.

Fuimos a escuchar un concierto, donde encontramos a unos buenos amigos, y después fuimos todos a cenar a un restaurante de la Ringstrasse; allí, entre risas y bromas se me ocurrió proponer ir a bailar, al Tabarín.

(Música cabaret.)

El trasnochar yendo de bar en bar, eran cosas que siempre había aborrecido. Pero esta vez algo dentro de mí me llevó a hacer de repente aquella propuesta.

Acostumbrados a complacerme, todos se pusieron en pie y fuimos para allá.

Bebimos champaña y enseguida se apoderó de mí una especie de euforia desbordante que nunca antes había experimentado.

Bebía y bebía, cantaba con los demás frívolas canciones y casi me sentía incitada a ponerme a bailar o a gritar de alegría.

Pero bruscamente -fue como si me hubiera caído algo hirviendo en el corazón- me sobresalté: en una mesa cercana a la nuestra estabas sentado tú con algunos amigos y me observabas con ojos de admiración y deseo.

Por primera vez después de diez años volvías a mirarme.
Me puse a temblar y de milagro no se me cayó la copa que había levantado entre mis manos.
No sabía si al fin me habías reconocido o si, una vez más, me deseabas como a cualquier otra, como a una desconocida.
La sangre me había subido a las mejillas y respondía distraídamente a las preguntas de los amigos.
Era imposible que no te dieras cuenta de que tu mirada me perturbaba.
De forma muy discreta me hiciste un gesto con la cabeza, como preguntándome si quería salir al vestíbulo.
Pagaste la cuenta, te despediste de tus amigos y saliste.
En ese mismo momento una pareja de bailarines empezaron una danza exótica; todos los observaban y yo aproveché la ocasión.
Me levanté, le dije a mi compañero que volvía enseguida y te seguí.
Te encontré delante del guardarropa, esperándome.
Te apresuraste hacia mí, sonriente.
Enseguida vi que no me reconocías; me deseabas otra vez como algo nuevo y desconocido.
-¿Dispone de una hora también para mí?
Por la seguridad con la que lo decías comprendí que me tomabas por una de esas que se pueden comprar por una noche.
-Sí, dije yo, con un sí tan tembloroso y a la vez tan obvio como el que había sido pronunciado por aquella muchacha hace más de diez años.
-¿Y cuándo nos podríamos ver?
-Cuando usted quiera- respondí.
Me miraste, con la misma sorpresa y curiosidad de tiempo atrás.
-¿Podría usted ahora?
-Sí, vamos.
Quería recoger mi abrigo del guardarropa y me di cuenta que el resguardo lo tenía mi amigo. No dudé ni un segundo, me puse el chal encima del traje de noche y salí a la calle, a la humedad de la niebla, sin preocuparme más por el abrigo, ni por la persona que hacía años me estaba manteniendo y a la que yo iba a humillar delante de sus amigos. Sabía que mi locura le iba a ofender mortalmente, para siempre.
Pero, ¿qué significaba la amistad, qué era mi existencia comparada con el ansia de volver a sentir tus labios?
Hasta ese punto te he llegado a querer, por fin puedo confesártelo, ahora que todo ha pasado y todo está perdido.
Un coche nos llevó hasta tu casa.
Oía de nuevo tu voz, sentía tu exquisita proximidad y estaba tan hipnotizada y

tan confundida como cuando tenía diecinueve años.

Tu habitación había cambiado un poco desde la última vez; había más cuadros en la pared, más libros y muebles nuevos en algunos sitios, pero todo me resultaba familiar.

Y en el escritorio había un jarrón con las rosas, mis rosas, las que te había enviado el día anterior.

Me quedé otra maravillosa noche junto a ti, pero no reconociste mi cuerpo desnudo.

Nunca he conocido a ningún hombre que se entregue en esos momentos con tanta ternura y que después lo diluya todo en un olvido infinito, casi inhumano. Pero también yo me olvidé de mí misma: ¿quién era yo, a tu lado y a oscuras? ¿Era la niña apasionada de años atrás, era la madre de tu hijo, era la desconocida?

Rezaba para que aquella noche no se acabara nunca.

Pero llegó la mañana, nos despertamos tarde; me invitaste a desayunar contigo.

Tomamos juntos el té, que una mano invisible había servido discretamente en el comedor, y estuvimos conversando y tú, como siempre, sin mostrar ningún interés por mi persona.

No me preguntaste mi nombre ni dónde vivía; para ti volvía a ser una aventura, alguien anónimo, el momento apasionado que se apaga sin dejar rastro.

Y entonces me explicaste que te disponías a hacer un viaje muy lejos, al norte de África, durante dos o tres meses; me puse a temblar en medio de mi felicidad porque en mis oídos ya retumbaba: ¡se ha terminado, se ha terminado y olvidado!

Me hubiese arrodillado ante ti y te hubiese gritado: -¡Llévame contigo para conocerme al fin! Pero sólo pude decir:

-¡Qué lástima!

Me miraste sonriendo y me preguntaste: - ¿Realmente te sabe mal?

De repente se apoderó de mí una especie de furia, que me hizo ponerme de pie y mirarte durante largo rato.

Entonces te dije: -El hombre al que yo quería también se iba siempre de viaje...

Me sonreíste y quisiste consolarme diciéndome:

- Pero uno siempre vuelve.

- Sí, uno siempre vuelve, pero entonces ha olvidado.

- Lo bueno no se olvida. A ti no te olvidaré jamás.

Creí, al fin, que se había roto el hechizo de la ceguera.

¡Me reconocerá, me reconocerá!

Pero no, no fue así y nunca fui más extraña para ti que en aquel segundo, porque, de otro modo... nunca en tu vida hubieras podido hacer lo que hiciste unos minutos después.

Me habías besado otra vez, apasionadamente. Tuve que arreglarme el pelo y mientras estaba delante del espejo, te vi detrás de mí -creía que me moría de horror y vergüenza- a través del espejo vi cómo, discretamente, introducías unos billetes de los grandes en mi bolso.

¿Cómo fui capaz de no gritar en aquel momento, de no abofetearte?

¡A mí, la que te quería desde pequeña, la madre de tu hijo, me pagabas por aquella noche! Una cualquiera encontrada en el Tabarín, eso es lo que yo era para ti, nada más.

No tenías suficiente con olvidarte de mí, también tenías que humillarme.

Me quería ir de inmediato.

Fui a buscar el sombrero, que estaba encima del escritorio, al lado del jarrón con las rosas, mis rosas...y en un último intento de que te acordaras de mí te dije:

- ¿No me das una de estas rosas blancas?

- Naturalmente –y me diste una.

- Pero, ¿estás seguro de no haberlas recibido de una mujer, de una mujer que te quiere?

-No lo sé. Las he recibido, pero no sé quién las manda, por eso las quiero tanto.

- ¡Quizá son de alguna a la que has olvidado!

- ¡Reconóceme, reconóceme de una vez!

Me volviste a besar, pero no me reconociste.

Me apresuré en llegar a la puerta porque sentía que acudían las lágrimas a mis ojos y no hacía falta que lo vieses.

De tan impetuosamente como salí, en el recibidor por poco me choqué con Johann, tu mayordomo.

Se echó hacia atrás, me abrió la puerta de un golpe para dejarme pasar y entonces, cuando le miré con los ojos llenos de lágrimas, de repente, se le iluminaron las pupilas. En un segundo aquel viejo me reconoció, él, que no me había visto más desde que era jovencita.

Hubiese podido besarle las manos por haberme reconocido, pero sólo saqué los billetes que me habías adjudicado y se los di.

(Sonido carruaje caballos.)

Mi hijo murió ayer, nuestro hijo...

Ahora ya no me queda nadie más que tú a quien querer.

Vuelvo a estar sola, más sola que nunca, no tengo nada, no me queda nada.

Y si alguien pronunciara mi nombre ante ti, no le darías ninguna importancia,

no te diría nada.

¿Por qué no tendría que estar contenta de morirme si para ti estoy muerta?
No, querido, no te culpo, no quiero lamentos en tu alegre casa, no temas, no te molestaré más.

Discúlpame, tenía que dejar gritar a mi alma sólo una vez; después volveré a estar muda, tan muda como siempre lo he sido a tu lado.

Pero este grito no lo oirás mientras yo viva. Sólo cuando esté muerta recibirás este escrito.

No te dejo ninguna fotografía ni ninguna señal, del mismo modo que tú no me has dejado nada y nunca me reconocerás, nunca; me voy sin que conozcas mi nombre ni mi cara.

Era mi destino en la vida; que lo sea también en la muerte, pues.

No puedo seguir escribiendo...

A pesar de todo, no ha estado tan mal que las cosas hayan ido de esta forma...

No me echarás de menos...no te causo ningún daño con mi muerte ¿esto me consuela!

Pero ¿quién te enviará ahora las rosas blancas por tu cumpleaños?

Amor mío, escúchame, te lo suplico...es la primera y última cosa que te pido...

Cada cumpleaños, ese día en que uno siempre piensa en sí mismo, compra unas rosas blancas y ponlas en el jarrón.

Hazlo, querido, hazlo así, igual que otros hacen que se cante una misa una vez al año... Yo ya no creo en dios ni quiero ninguna misa, sólo creo en ti, sólo te quiero a ti y sólo quiero continuar viviendo dentro de ti, sólo un día al año...

Te lo suplico, querido...te quiero...te quiero...adiós.

ACTRIZ:

El escritor dejó caer la carta, las manos le temblaban.

Recordaba vagamente a una niña vecina, a una joven, a una mujer que había encontrado en un local nocturno, pero era un recuerdo poco preciso y desdibujado, como una piedra que tiembla en el fondo del agua que corre y cuya forma no acaba de distinguirse.

Eran sombras que brotaban abundantemente, que iban y venían, pero no fue capaz de hacerse una imagen concreta.

Era como si todas esas figuras hubiesen aparecido en un sueño, como si las hubiera soñado a menudo y profundamente, pero sólo como si las hubiese soñado.

Entonces su mirada se posó en el jarrón azul que tenía ante él, encima del escritorio. Estaba vacío, por primera vez desde hacía años estaba vacío en el día de su cumpleaños, y se asustó: fue como si, de repente, se hubiese abierto una puerta invisible y un golpe de aire frío hubiera penetrado desde el más allá

en su tranquila habitación.

Sintió la muerte y sintió un amor inmortal: algo le atravesó el alma y pensó en aquella mujer invisible, etérea y apasionada como el recuerdo de una lejana melodía.

(Música.)

“Mientras regresaba a casa”, -escribe Stefan Zweig al final de sus memorias-, “el sol brillaba con plenitud y fuerza.

De pronto observé mi sombra ante mí, -del mismo modo que veía la sombra de la otra guerra detrás de la actual- y ya no se apartó; se cernía sobre mis pensamientos noche y día.

Pero toda sombra es, al fin y al cabo, hija de la luz y sólo quien ha conocido la claridad y las tinieblas, la guerra y la paz, el ascenso y la caída, sólo éste ha vivido de verdad.”

Fin